

RADICALES (MUY) LIBRES



J. de Mendoza

Catedrático jubilado de Química Orgánica
(Universidad Autónoma de Madrid)
Profesor Emérito, Instituto Catalán
de Investigación Química
(ICIQ, Tarragona)
C-e: jmendoza@iciq.es

Transparencia

Hubo un tiempo, no hace tanto, en que los políticos eran admirados cuanto más claro y transparente era su discurso ante los ciudadanos, cuanto más fiables eran su palabra y sus compromisos. Hablábamos entonces de estadistas, capaces de conectar con la población, aunque les dieran malas noticias o les exigieran sacrificios, porque eran coherentes con su propias ideas, comportamiento y vida personal. Todo empezó a cambiar cuando, apenas sin darnos cuenta, surgieron a nuestro alrededor como setas las puertas giratorias y las promociones injustificadas a cargos diversos, todas bien remuneradas, en pago a servicios prestados. El fenómeno era transversal, y afectaba tanto a los grandes partidos como a los minoritarios. La gran mayoría de nombramientos eran para cargos que poco o nada tenían que ver con los conocimientos o capacidades de los así premiados, obligados por ello a rodearse de una corte de asesores, casi todos anónimos, que impidieran que el titular del cargo metiera la pata continuamente. Y esta contradicción entre el cargo y la función a desarrollar se ha normalizado ya totalmente, extendiéndose desde cuotas partidistas, de género o de compromisos territoriales, hasta nombramientos en consejos de administración de grandes empresas del sector privado, casi siempre tras haber pasado por un cargo relacionado con las actividades de estas. Los tímidos intentos de regular el abuso de esas llamadas puertas giratorias han sido cosméticos y totalmente ineficaces, no sirviendo de nada, lo que ha proyectado una imagen de corrupción sistémica nada edificante en un país que se proclama a sí mismo como una de las democracias más avanzadas del planeta.

En definitiva, nos hemos acostumbrado a la propaganda y el marketing político, a la falta de transparencia y a la opacidad en el comportamiento de nuestros políticos. Desde la oposición se critica todo con una ferocidad que desaparece como por encanto en cuanto el que critica alcanza también el poder. Los partidos políticos se han convertido en reinos de taifas que controlan el comportamiento de sus militantes y parlamentarios, castigando e incluso declarando tráfugas a cuantos se atreven a votar ocasionalmente en contra del partido, o simplemente a expresar una opinión discrepante en público o ante sus órganos internos. Yo pediría a nuestros políticos, que disponen de abundante tiempo libre, que hicieran algo de bibliografía leyendo nuestra Constitución para comprobar a quién pertenece un escaño o a comparar

nuestra cámara legislativa con lo que pasa en el parlamento británico, sin ir más lejos. También por razones económicas. Si todos los de un partido han de votar al unísono, como en Fuenteovejuna, bastarían muchos menos, ya lo hicieron sabiamente los italianos recientemente, pues la disciplina férrea sin debate lleva a concluir que incluso unos pocos representantes por grupo, respetando la cuota de participación que cada partido haya alcanzado electoralmente, podrían desarrollar las mismas leyes que ahora requieren 350 escaños, ya que los debates pocas veces sirven para mejorar un proyecto, pues está comprobado que la mayoría de la cámara permanece muda toda la legislatura, sólo aplaudiendo a los suyos, abroncando a los adversarios, o apretando el dedo en las votaciones. Deberían dejar más libres a sus parlamentarios, de no hacerlo podrían acabar siendo irrelevantes y enviados de regreso a sus casas.

Esta (poco) breve introducción parece bastante alejada del objetivo científico de mi columna, pero veremos pronto que la ciencia también tiene cosas que ocultar, y que los científicos, como seres humanos, también nos comportamos a veces de forma oscura o cuando menos, poco transparente. En nuestro descargo, al menos nos diferenciamos de los políticos en la forma de razonar, porque nuestros argumentos y justificaciones se basan en hechos experimentales que se pueden refutar y a veces corregir. Para ilustrar el *link* que pretendo establecer, es obvio que ninguna revista científica admitiría un cambio de conclusiones sobre unos resultados publicados sin ninguna evidencia experimental adicional, propia o de otro autor, que abriera paso a nuevas hipótesis. Los debates en las sociedades científicas de siglos pasados, cuestionando los descubrimientos de sus ilustres miembros, se basaban en creencias guiadas por la vanidad, la rivalidad, la envidia o la religión, no en evidencias experimentales. Sobran ejemplos en astronomía, biología, química y física, sin ir más lejos. Ninguno de esos debates superaría el filtro de unos evaluadores actuales. Sin embargo, fuera de la ciencia, en política se puede convencer fácilmente de cualquier asunto a los ciudadanos, mediante propaganda y argumentos que nada tienen que ver con el motivo real de la propuesta, por la escasa memoria que conservan y el hartazgo y desinterés que muestran por los políticos y sus manejos.

El ejemplo más inmediato, y más arriesgado de comentar, pero no el único, es la ley de amnistía que comienza a

tramitarse estos días en el Congreso. Usaré una argumentación basada en hechos, la propia del método científico, como si fuera un observador imparcial que nos estuviera mirando desde el espacio. Es obvio que no soy imparcial, como casi nadie lo es, pues al margen de la oportunidad o no de aprobar ese proyecto, creo que los acusados de delitos nunca deberían ser quienes negocien y redacten el borrador de una ley que les beneficie. Pero detengámonos por un momento en las razones esgrimidas. Las de pacificación, normalización o convivencia no son argumentos científicamente pertinentes, pues nadie tiene conocimiento de que haya habido cambios relevantes en esos aspectos durante los últimos meses en el país, y el mismo gobierno que propone ahora cambiar de criterio estaba radicalmente (y debería subrayar esa palabra) en contra de aplicar dicha medida antes de las últimas elecciones generales. No me imagino a ningún evaluador aceptando la publicación de un artículo porque su autor justificara su urgencia al ser ya más relevante y apremiante que unos meses antes, sin que nada nuevo en su campo lo justificara, más allá del interés del autor en incrementar su currículum de inmediato. A nadie se le escapa que la verdadera razón para tramitar la ley de amnistía, por vía de urgencia y sin los informes jurídicos previos habituales, es que la situación ha cambiado, porque el gobierno saliente necesitaba apoyos para seguir gobernando, y de ese modo evitar que gobernara la oposición. Este sí que es un argumento perfectamente válido y sincero políticamente hablando, no es más que hacer de la necesidad virtud, o dicho de forma menos romántica, porque el fin justifica los medios. Por fin se acepta esa verdad con la boca pequeña, aunque sigan insistiendo en los beneficios sociales de la medida. El problema de tal argumento es que viene a decirnos que no nos podemos permitir que cambie este gobierno autodenominado progresista, llegando incluso algunos a proclamar que eso debería continuar así para siempre, que no vuelvan a gobernar jamás los del otro lado, sin dar un paso atrás. En esencia, negando la alternancia política como uno de los pilares de la democracia, y proclamando este gobierno como el único aceptable y democrático, lo que es una de las características principales de las autarquías. Quienes peinamos canas sabemos bien lo que eso significa.

Si a todo lo anterior unimos la opacidad, la ausencia de información en tiempo y forma a la ciudadanía, con la excusa de que las negociaciones han de ser discretas, y la descalificación de todo aquel que pretenda argumentar en contra, tendremos el círculo completado. ¿Pasa algo de eso también en la ciencia? Por supuesto, no de forma tan exagerada, pero a lo largo de cinco años, en mis ya veinte entregas de esta columna de *Radicales (muy) libres*, he insistido en señalar algunos de los casos más frecuentes de falta de transparencia, con continuas analogías entre lo que ocurre en el mundo científico y el que no lo es, todo ello adornado a veces con balsámicos toques de humor e ironía. Así, han desfilado por ellas los problemas de endogamia universitaria, o de resultados que no se divulgan porque los experimentos no han salido según lo previsto, o de suprimir en un artículo

los casos que no funcionan porque pondrían en peligro la publicación del manuscrito. Eso impide que otros renuncien a emprender esas vías fallidas, al ignorar su existencia. También he hablado de las continuas carreras entre grupos de científicos para ver quien llega antes a la meta y se lleva la gloria de un hallazgo que varios persiguen, sin compartir información entre ellos y con un secretismo como los que más arriba he denunciado. Eso es fácil de entender en el sector industrial, pues no proteger unos resultados puede hundir una empresa, pero tiene peor justificación en el mundo académico, aunque desgraciadamente comprobemos que para muchos ser el descubridor tiene más importancia que lo que se descubre, pues la lucha por la gloria es consustancial con la naturaleza humana.

Tampoco he escondido los problemas asociados a la divulgación de resultados, pues los editores de revistas rivalizan cada vez con más fuerza por su posición en los índices de impacto, y también por su negocio, y así van proliferando las modalidades *Open access* de las que mucho deberíamos hablar. En este apartado, cobran importancia las dificultades que los jóvenes investigadores encuentran en alcanzar su independencia y en obtener financiación para sus proyectos. No es fácil encontrar soluciones, pero deberemos buscar fórmulas que mejoren la situación. Por último, he dedicado varias columnas a los problemas de energía, cambio climático y preservación de recursos. Releyendo mis crónicas, he comprobado que he sido tal vez muy radical y contundente en estos temas, sin considerar aspectos importantes que dificultan las soluciones, como el factor tiempo. Reconozco que no he sido muy transparente en eso. Por ejemplo, el 80% de la energía consumida actualmente en el mundo sigue procediendo de fuentes fósiles, y aunque se gastan ya 1,7 dólares en desarrollar fuentes renovables por cada dólar que se emplea en petróleo y otros materiales fósiles, se tardará bastante en conseguir la descarbonización total, y tal vez ya no lleguemos a tiempo, teniendo en cuenta el aumento vertiginoso de la población mundial, que no cesa en el tercer mundo y en los países emergentes. Como he repetido en múltiples ocasiones, los factores cinéticos, el control de la velocidad en los cambios, son vitales para evitar un colapso global que sería peor que las soluciones propuestas. Y ese control de los tiempos opera también en otros aspectos de la vida.

Esta es mi última columna en *Anales de Química*, quiero evitar el riesgo de empezar a repetirme. Espero que hayan interesado a mis lectores. Y con respecto a temas menos científicos, pero de igual o superior importancia, una última reflexión. Los países que alcanzan acuerdos entre sus mayorías son los únicos que prosperan, ninguno de los que viven polarizados como ahora el nuestro llega a ninguna parte, y eso no son opiniones, lo dice la historia, el pasado, la única parte del tiempo a la que podemos acceder desde la ciencia, ya que el tiempo futuro es sólo proyección o especulación, más propia de los filósofos que de los investigadores.

JAVIER DE MENDOZA